

Bibliografía

¿A DONDE NOS LLEVAN LAS TRANSNACIONALES?

Los dirigentes del mundo. El poder de las multinacionales, Richard J. Barnet y Ronald E. Müller, Grijalbo, Barcelona, 1976, 622 páginas.

He aquí un libro valioso, pleno de sugerencias y raramente contradictorio. Su tema es el de las empresas transnacionales, pero su alcance excede los límites del análisis de las corporaciones, para proyectarse en la naturaleza actual de la economía mundial, en la superposición de poderes entre las empresas transnacionales y los estados nacionales, dentro de una perspectiva que pareciera conducir al predominio de las primeras sobre los segundos. El mayor valor del libro reside en su minuciosa documentación, que se evidencia en la copiosa bibliografía —fuente inestimable de consulta— agregada al final de cada capítulo. Su texto está pleno de

sugerencias, porque si bien no se inclina definitivamente por ninguna hipótesis, da lugar a que el lector —a partir de la exhaustiva documentación— vaya ensayando un sinnúmero de propuestas explicativas que el mismo texto del libro se encarga, a veces, de descartar. Puede afirmarse que se trata de una obra contradictoria porque si bien adopta un estilo de difusión periodístico, se desenvuelve sobre la base de una investigación vasta y minuciosa. En el momento actual la literatura sobre las transnacionales no ha alcanzado todavía el plano de la tesis, de la conceptualización generalizadora, que sin duda llegará cuando se agote la investigación empírica. *Los dirigentes del mundo*... constituye un excelente aporte a esta necesaria etapa previa de documentación.

Los autores afirman que los dirigentes de las transnacionales (en el libro se emplea “multinacionales”) son los primeros hombres de la historia que disponen de la organización, la tecnología y el dinero indispensables para administrar el mundo como una unidad integrada, lo que podría

llegar a cambiar la función histórica del Estado nacional. Sin embargo, razonan, el siglo XX es, todavía, el siglo del nacionalismo.

Las empresas transnacionales tienen alcance mundial, pero ellas son —en su gran mayoría— de origen norteamericano. Cerca de 300 corporaciones mundiales con sede en Estados Unidos obtienen 40% del total de sus beneficios netos fuera de ese país y la dependencia con respecto a estas fuentes de utilidades aumenta. De esta manera, las sociedades estadounidenses traspasan una proporción cada vez mayor de su capital al extranjero. Pero apenas 1.6% de sus ejecutivos no son norteamericanos. En Estados Unidos sólo luchan por la permanencia de las fronteras económicas aquellas industrias que no sobrevivirían sin ellas.

Hay también inversiones masivas de Europa en Estados Unidos y el predominio norteamericano sobre el mercado mundial se resiente, pero todavía las compañías norteamericanas siguen ocupando, con mucho, el primer puesto. Dentro del mundo subdesarrollado, el mercado que más interesa a las empresas norteamericanas es el de América Latina.

Las corporaciones compiten entre sí no por precios o por carreras tecnológicas, sino reduciendo costos mediante la automatización y el traslado de las fábricas a zonas de salarios bajos. A la vez, se opera en el seno de los monopolios una nueva división internacional del trabajo, que ahora queda en manos de la misma gran empresa. Cada parte de la empresa mundial fabrica lo que sabe hacer mejor y más barato, y cada filial aporta su parte a la empresa total. Sólo los gerentes de mayor jerarquía tienen una visión general de la empresa. Por el contrario, los gerentes de las subsidiarias se desorientan frente al cuadro mundial: prefieren saber sólo lo que necesitan para ejercer sus funciones. En la cúspide del poder de las corporaciones se sabe mucho más acerca de la naturaleza de ese poder que lo que podrían llegar a imaginarse aquellos que estudian el tema. Los grandes directivos de las transnacionales se consideran poco menos que una clase revolucionaria, llamada a inaugurar un orden económico superior. Para ello deben convencer al mundo de que su autoridad es necesaria y beneficiosa, a pesar de que su legitimidad sea puesta en tela de juicio y muchas de sus consecuencias resulten deplorables para la opinión pública. Entre los máximos dirigentes corporativos no es extraño encontrar argumentos de este tipo: “Mussolini asaltó el poder, pero consiguió que los trenes circularan con puntualidad”, o “los generales brasileños hicieron trizas la Constitución, pero produjeron el milagro económico”.

No obstante, las empresas buscan cierta legitimidad política y lo intentan a través de la publicidad. El público acepta que el Estado pueda intervenir en la actividad económica, pero piensa que sería escandaloso que la ITT hiciera política públicamente. Esto significa que el espíritu del capitalismo ya no entusiasma a nadie, según opinan los autores. Los nuevos mundialistas, por su parte, son generalmente unos advenedizos aventureros, que se deben al mérito y a la capacidad de organización. El psicoanálisis no descubre en ellos graves conflictos interiores: están satisfechos con sus vidas. En cambio, el ejecutivo de nivel medio es casi siempre

un atormentado. En cuanto al método para ejercer el gobierno de las corporaciones, no hay un estilo único. Las petroleras son verdaderas autocracias, pero en las empresas con gran proporción de científicos o profesionales, el trato es más igualitario.

La ideología de las corporaciones no es, precisamente, el internacionalismo, sino más bien el antinacionalismo. Pero más que la lucha contra el Estado nacional, lo que atacan es la frontera económica. No hay que olvidar que la ayuda del Pentágono o de la CIA todavía sigue siendo imprescindible, como lo demuestra el caso de Chile. Las transnacionales no quieren la guerra cuando la batalla está perdida para ellas o cuando pueden llegar a un arreglo satisfactorio o irremediable. Pero seguramente emplearán la guerra para evitar que crezca el campo enemigo o cuando se les presente la oportunidad de achicarlo.

Las corporaciones ya no sueñan con derrocar el socialismo ya establecido, sino que ahora prefieren integrar a los obreros soviéticos y a los campesinos chinos al consumo masivo. En el frente interno quisieran llegar a un reformismo capaz de hacer el milagro de bajar los salarios y mantener la paz social. Pero el consenso es cada vez menor. A la sociedad occidental le resulta cada vez menos atractivo el modelo norteamericano y los jóvenes se enrolan en el anticonsumismo e impugnan las jerarquías.

No debe creerse que los principales conflictos de las transnacionales tiene lugar con los estados nacionales de la periferia. También hay conflictos con Estados Unidos, sede de las principales corporaciones. Los conflictos existieron siempre, porque todo el mundo sabe que las compañías concertaron acuerdos con la Alemania nazi y después contribuyeron, con la misma solicitud, a levantar el imperio militar norteamericano. Lo que importa son los buenos negocios. Pero ahora, cuando Estados Unidos ya no puede manejar el mundo a su antojo, el poderío militar se torna oneroso y a menudo ridículo, como en Vietnam, y la guardia pretoriana de los “marines” empieza a ser contraproducente para la imagen de las empresas. Pero no por ello las corporaciones están dispuestas a desprenderse del auxilio del poder militar norteamericano. La flota del Mediterráneo sirve para discutir el precio del petróleo y la misma crisis del petróleo devolvió cierta lozanía al dólar, frenando la competencia europea y japonesa. Sin embargo, las corporaciones erosionan el poder del Estado norteamericano.

La maximización de los beneficios mundiales empuja cada vez más a las corporaciones hacia América Latina, Asia y África. Allí encuentran bajos salarios, tarifas más baratas, beneficios impositivos, frecuente adulación del poder político —generalmente cuando está ejercido por los militares— y ningún requerimiento en cuanto a normas sobre contaminación. A la vez, esa marcha hacia los países periféricos tiene una lógica evidente. La generalización del consumo de un nuevo producto abarata los costos en el mercado donde ese producto fue lanzado y fomenta la competencia. Los beneficios oligopolísticos bajan y, entonces, las compañías introductoras del producto, que son las de gran capital, llevan el producto a otro mercado, donde todavía pueden obtener un

beneficio extraordinario, hasta que los imitadores también se aventuren al nuevo mercado. Es lo que las corporaciones llaman “la teoría del ciclo de vida del producto”.

La década del 60 se inauguró con la fiebre por las inversiones de las transnacionales. En América Latina, territorio preferido de las compañías norteamericanas, se destacaron México y Brasil como países destinatarios de las inversiones. Pero al final del decenio se vio que la presencia de las corporaciones no podía impedir que se agrandara la distancia entre países ricos y países pobres. La mayor parte de la población va de mal en peor, sobre todo en los países con “milagros económicos”. “Un tipo de desarrollo como el de Brasil, donde la Bolsa florece y dos tercios de la población están condenados a una muerte precoz por la pobreza, el hambre y las enfermedades, es una caricatura del progreso”, sentencian los autores. Es que la fórmula de desarrollo de las corporaciones mundiales contribuyó más a la exacerbación de la pobreza, del desempleo y de la desigualdad que a su solución. El mito de que la empresa extranjera hará más sana, más feliz y más productiva la vida del hombre en todas partes, es cada día más difícil de creer y lo que ha sucedido, en realidad, es que los países pobres han sido una fuente indispensable de capital de financiamiento para las transnacionales. La beneficencia funcionó a la inversa.

Barnet y Müller citan un documentado estudio de Fernando Fajnzylber en el que se demuestra que, entre 1957 y 1965, las corporaciones mundiales con sede en Estados Unidos financiaron 83% de sus operaciones en América Latina con capitales de esos países, obtenidos —entre otras cosas— de los circuitos bancarios. El 79% de los beneficios acumulados por ese grupo de corporaciones mundiales tenían su origen en América Latina y la repatriación a Estados Unidos alcanzaba 52%. Esto significa que de cada dólar de beneficio neto obtenido en América Latina, 52 centavos salían de la región, pero no hay que olvidar que 83% de los fondos de inversión provenía de fuentes latinoamericanas. El resultado fue una descapitalización neta para América Latina.

Se dirá que las corporaciones contribuyen con nueva tecnología, pero es sabido que, para no obstaculizar la competencia de sus casas matrices, generalmente firman convenios por los que el país receptor no puede emplear la nueva tecnología en la exportación, con lo que no mejora su competencia en el comercio internacional. Además, la tecnología transferida es anticuada y cara. En realidad, las transnacionales exportan a sus filiales tecnología de la generación pasada para prolongar su vida útil y la rentabilidad. Aun así, esa tecnología disminuye la ocupación en los países pobres. La mayoría de estos países sólo tiene un recurso disponible: la mano de obra abundante. Las corporaciones, en vez de usar esa mano de obra disponible, la convierten en un pasivo social, sustituyéndola por tecnología, con lo que aumentan el desempleo y la pobreza. Además, las corporaciones no siempre aportan nuevo capital: generalmente compran las empresas ya existentes.

Las empresas transnacionales despliegan una enorme campaña ideológica. En los países pobres no hay escuelas ni

comida para todos. Pero la televisión y la radio incitan a la población al consumo innecesario y tratan de convencerla de la bondad de productos que les resultan económicamente inaccesibles. El desarrollo de la industria de la alimentación termina guiándose por la rentabilidad, y no por lo que es realmente necesario. Además, la propaganda de la televisión y la radio es constante. Los productos con mayor publicidad no resuelven problemas nutritivos, pero el régimen alimenticio de 40 a 60 por ciento de la población empeora progresivamente y hay 1 000 millones de personas en el mundo con graves deficiencias de nutrición. En los países pobres, la Coca Cola difunde más sus ideas que lo que puede hacerlo cualquier gobierno.

Sin embargo, los países subdesarrollados empiezan a tener una nueva perspectiva. Muchos gobiernos, antes complacientes, adoptan una actitud más dura. Antes, los altos precios en los países pobres subsidiaban el consumo en Estados Unidos, pero la crisis del petróleo ha cambiado las cosas y ahora también hay inflación y escasez en Estados Unidos. Las grandes potencias dependen cada vez más de las materias primas y esto lleva a los países pobres a exigir que una parte mayor de los beneficios de las empresas transnacionales quede en el país donde se realiza la explotación de las riquezas. La guerra económica entre los países ricos y la pérdida de competencia de Estados Unidos frente a Alemania y Japón afianzan esos reclamos.

Y, por último, está la relación de las corporaciones con los países socialistas, sustentadas sobre bases completamente diferentes, conforme a las cuales la propiedad termina quedando en manos de estos últimos. Esos nuevos convenios, desarrollados al calor de la expansión de la demanda en los países socialistas, mueven a los países capitalistas pobres a reclamar mejor trato a las transnacionales. En realidad, los países pobres no quieren sacar a las corporaciones de sus territorios: sólo desean arrancarles parte de sus beneficios excesivos.

Quizá el aporte más sustancial de Barnet y Müller es el que se refiere a lo que ellos llaman la “latinoamericanización” de Estados Unidos, una teoría bastante discutida en ese país, pero aún muy poco difundida en América Latina. Los autores comparten la opinión de que la política de las corporaciones, de maximizar los beneficios mundiales, no sólo producen conflictos entre ellas y los países pobres, sino también entre ellas y Estados Unidos. En la medida en que las grandes empresas transnacionales desplazan las fábricas hacia los países pobres, para beneficiarse con los bajos salarios, se producen cambios sustanciales en la sociedad norteamericana, de tal manera que esta última tendería a asemejarse cada vez más a las sociedades de los países latinoamericanos. El traslado de las fábricas hacia las “plataformas de exportación” de bajos salarios, como Hong Kong y Formosa, disminuye las oportunidades de empleo en Estados Unidos, produce una inflación antes inimaginada, lleva al desequilibrio de la balanza comercial y obliga a echar mano de las exportaciones agrícolas para equilibrar la balanza de pagos, genera la crisis del dólar y, por último, crea las condiciones como para que aparezca una crisis política como la de Watergate, antes reservada exclusivamente a las repúblicas latinoamericanas.

Las corporaciones, como queda dicho, se benefician en los países pobres con bajos salarios, tarifas baratas y tratamientos preferenciales, pero además obtienen ventajas con el comercio de exportación e importación a que esa actividad da lugar y con el manipuleo de los "precios de transferencia", originados en las transacciones entre las corporaciones a escala mundial y es al margen del mercado. Esas transacciones, que representan nada menos que 50% de las exportaciones norteamericanas, se realizan con precios abultados que benefician o perjudican la balanza comercial de alguno de los países involucrados en la transacción, pero que siempre sirven a la compañía transnacional en su búsqueda del máximo beneficio mundial. De esa manera, ya no existe la libre empresa ni el mercado. Para un ex funcionario del Tesoro norteamericano, la economía de su país se ha convertido en "un sistema de grandes compañías que con la colaboración del gobierno federal controlan el mercado", basado en una filosofía que define como "el socialismo para los ricos y la libre empresa para los pobres. Si uno es lo bastante grande, el gobierno lo salva; si es demasiado pequeño, se va a pique". Las corporaciones no sólo invierten afuera, sino que además exportan al mercado norteamericano desde sus propias "plataformas de exportación", contribuyendo a desequilibrar el comercio de Estados Unidos y convirtiendo a este país en lo que un portavoz de la AFL-CIO ha denominado "una nación de puestos de hamburguesas".

Para efectuar todas estas transacciones a escala mundial, las corporaciones se sirven del mercado del eurodólar, que es una enorme creación de liquidez internacional *privada* que permite el rápido traslado de fondos de una a otra plaza, al margen del poder de los bancos centrales. Tanto es así, que las corporaciones ya controlan una suma equivalente al doble de las reservas mundiales en manos de los gobiernos. En su oportunidad, la revista *Newsweek* denunció que las transnacionales fueron "la principal fuerza que había provocado la crisis monetaria".

De la misma manera, Barnet y Müller analizan en forma breve pero densa la crisis del petróleo, atribuida habitualmente a "la codicia árabe", pero originada también en la actuación de las grandes petroleras, que —según *Business Week*— obtuvieron ganancias superiores a 82% en el primer trimestre de 1974, en comparación con igual período de 1973, lo que da una imagen bastante elocuente de quiénes fueron los verdaderos beneficiados con los aumentos que tuvieron lugar en ese entonces.

El crecimiento arrollador de las corporaciones internacionales implica que no hay verdaderas instituciones de contrapeso que se les puedan oponer. Los puestos del gobierno están ocupados por hombres de las grandes empresas, cuyo entrelazamiento con el poder público empieza con las "contribuciones" de la campaña electoral, consideradas como verdaderas inversiones. Pero las corporaciones no sólo han modificado el carácter general de la economía norteamericana y han fomentado la crisis monetaria. También eluden impuestos en los Estados Unidos con su sistema de precios al margen del mercado, con la legislación discriminatoria y con los "paraísos fiscales" como el de las Bahamas, que sirven para sus prácticas de subvenciones cruzadas por las que se apoderan de otras ramas de la industria usando su poder

financiero en las industrias que ya controlan, a través de los bancos a ellas ligados.

El problema no termina ahí. Con su política de búsqueda de la máxima ganancia mundial, las grandes compañías contribuyeron a arruinar el ambiente y a comprometer la supervivencia del hombre en la Tierra, usando irracionalmente los recursos, mediante la exclusiva aplicación de la filosofía de desarrollar la tecnología o de frenarla, o de desentenderse del problema de los desechos industriales y la contaminación, siguiendo exclusivamente la norma orientadora del beneficio mayor. Así, las corporaciones reclaman que ahora sea el Estado el que cargue con el costo de las políticas destinadas a contrarrestar la contaminación. Tal es su preocupación al respecto que, en Estados Unidos, la lucha contra la contaminación está dirigida por... ilos hombres de las grandes corporaciones!

Los autores dejan entrever el singular fenómeno de que la economía norteamericana se ha ido transformando en una base de lanzamiento del poder supranacional de las grandes corporaciones, que son las que, en realidad, planifican la economía de ese país al margen del propio aparato del Estado. Después de haber descapitalizado a los países pobres, el poder de las corporaciones se vuelve contra el propio país donde se originaron. ¿Será sustituido el poder de Estados Unidos por el de las grandes empresas, que ya cuentan prácticamente con un sistema monetario propio y han desatado la crisis más profunda y prolongada que haya padecido el régimen internacional de pagos? Los autores creen que, desde la Gran Depresión, nunca hubo mayor inseguridad económica en el mundo como la que existe ahora.

Richard Barnet, asesor del Departamento de Estado durante la administración Kennedy, profesor en Yale y en la Universidad de México, y Ronald Müller, catedrático de economía en la Universidad Americana de Washington, han producido "el libro más completo y fascinante que jamás se ha escrito sobre este tema", según la definición del periódico alemán *Der Spiegel*. Servirá, sin duda, para que los estudiosos de las transnacionales cuenten con nuevas fuentes de información y pistas para desarrollar teorías y para que el gran público pueda apreciar en toda su crudeza el mito —ya bastante deteriorado— de las inversiones extranjeras. Pero, por sobre todas las cosas, de su lectura se desprende un interrogante crucial para los próximos años: ¿cuál será el ordenamiento político y económico que podrá contrarrestar al de las corporaciones? *Carlos Abalo*.

LAS CHINAS: ¿A LA VANGUARDIA DE LA LIBERACION FEMENINA?

La mitad del cielo, Claudie Broyelle, traducción de María Dolores de la Peña, Siglo XXI Editores, México, 1975, 294 páginas.

A principios de este decenio abundaron los libros sobre

China. Europa, sobre todo, describía en libros o películas el nuevo sistema de vida de los chinos. Además de la experiencia socialista, calificada según la afiliación de los comentaristas, hay un aspecto que casi ha alucinado al observador occidental: la transformación de las mujeres en dicho país. Entre las autoras que tocan este tema sobresalen Julia Kristeva, intelectual búlgara radicada en París; María Antonietta Macciocchi, comunista italiana, y Claudie Broyelle, francesa. Las tres viajaron a China y tuvieron encuentros con las mujeres.

La insurgencia femenina, que renació a fines de los sesenta en Europa y Estados Unidos (en donde las reformas que "favorecen" a las mujeres, así como su integración al trabajo remunerado se dan en mayor grado que en los países "subdesarrollados", al menos hasta 1975, cuando se llevaron a cabo una serie de modificaciones jurídicas que compiten con las de aquéllos), presentaba ya síntomas de haber caído en un círculo vicioso. Al empezar los años setenta puede decirse, en términos muy generales, que en el movimiento feminista se encontraban dos grandes tendencias:

Una, que se inclinaba tenazmente por la liberación de la mujer en forma casi abstracta y no quería ni oír hablar de ubicar la condición femenina dentro del marco socioeconómico de sus respectivos países. Era evidente, se declarara o no, que su interés único o principal era la emancipación femenina sin cuestionar el sistema dentro del cual el fenómeno pudiera darse.

Otra, que prefería enmarcar el análisis y la lucha por la liberación femenina dentro de la transformación de la sociedad. La convicción de que no se logrará un cambio radical en aquella sin obtenerlo en ésta, es un rasgo común de los grupos que se ubican en esta corriente de opinión. El relato de Claudie Broyelle corresponde a la búsqueda dentro de ella.

El libro se divide en cinco partes, cada una con dos o tres capítulos, que la autora presenta como sigue: el trabajo social, el trabajo doméstico, los niños, la familia y la sexualidad. El ingreso de las mujeres a la producción y a la dirección política de su país se deriva principalmente de su participación directa en la guerra antijaponesa y en la Gran Marcha. El haber salido de una condición feudal en la que eran tratadas con menor consideración que un objeto útil, es también resultado de su propia iniciativa. La fábrica Tchaou Yan es un ejemplo de ello; en 1958, alrededor de veinte amas de casa decidieron trabajar. No contaban con equipo, carecían de guarderías y comedores; ni siquiera tenían experiencia, ni sabían qué fabricar. Una encuesta en su barrio las llevó a producir ollas, cacerolas, sartenes, etc. Con herramientas caseras y con desechos que pedían a las fábricas establecidas crearon la suya. Poco a poco pasaron a producir placas de protección contra los rayos X, armarios aislantes, esterilizadores y lámparas de rayos infrarrojos. En 1960 eran ya más de 300 obreras, tenían restaurante y guardería y habían construido cuatro talleres, recuperando material de desecho en edificios antiguos. Cuando en 1961 una parte de la dirección decidió racionalizar la producción y decretó la salida de la fábrica de gran número de obreras, éstas en su

mayoría rechazaron tal orden y continuaron trabajando sin salario.

Muchas de las pequeñas fábricas diseminadas en los campos y en las zonas urbanas chinas tienen este origen. Sin inversión inicial, utilizando materiales de desecho (recuperándolos), produciendo los artículos demandados por los habitantes de la zona, en la dirección de dichas fábricas se da la participación activa de los trabajadores, generalmente habitantes de la zona. Según Broyelle, este sistema de producir lo útil antes que lo rentable facilita la participación femenina, ya que durante siglos las mujeres han proporcionado a la humanidad un trabajo indispensable, aunque no considerado rentable. Por eso, ellas saben qué es útil para la comunidad, sin considerar primordial su valor en el mercado, como lo sería en una sociedad que produce con fines de ganancia.

La cuestión de la diferencia en la fuerza muscular entre los sexos se discute ampliamente. La autora nos cuenta cómo los varones que se oponían a que las trabajadoras recibieran igual salario, amparados en el principio "a trabajo igual, salario igual", causaron una polémica nacional. Las ideas que se manejan al respecto son: los tratantes de esclavos medían el valor del trabajo de los mismos con criterio idéntico al del trabajo animal, es decir, según su fuerza física; hay que tomar en cuenta la actitud de la persona frente a su trabajo y frente a la sociedad, además de la cantidad y la calidad y "la contribución más o menos grande que su trabajo representa en la producción socialista" (p. 48). También se arguye que no hay razón para dividir los trabajos agrícolas según los sexos y que la superioridad adquirida por los hombres se debe únicamente a que ellos han tenido una larga práctica, mientras que las mujeres, confinadas en el hogar, tenían incluso prohibido el acceso a las parcelas. A falta de una práctica repetida y si se sigue negándoles una experiencia de este tipo, ¿de dónde podrían obtener la técnica? (pp. 49 y 50). La posición oficial consiste en que "la aplicación del principio de la igualdad de salarios entre hombres y mujeres es ante todo un problema político muy importante, un problema de orden ideológico. La igualdad entre hombres y mujeres en el plano económico está estrechamente ligada a su igualdad en el plano político. La persistencia de la vieja ideología que tiende a sobrestimar a los hombres y a subestimar a las mujeres no es sino el reflejo político de la desigualdad económica entre hombres y mujeres" (pp. 50 y 51). En el campo, el cambio es más notorio. Hubo mujeres que lucharon por la socialización de la tierra y por el derecho a cultivarla. Estos antecedentes y el ejercicio del trabajo colectivo con su participación, permitió el cambio de mentalidad en ambos sexos respecto a la pretendida superioridad masculina. Ahora, ellas se organizan, trabajan, se alfabetizan y estudian.

El llamado trabajo doméstico, considerado como función femenina "natural" es uno de los problemas que han de solucionarse cuando la mujer tiene una labor remunerada fuera de casa. Los países capitalistas han "resuelto" el problema duplicando la jornada de trabajo de las mujeres. A medida que un país se industrializa, es mayor el número de mujeres que trabajan; el aislamiento aumenta; los centros de compra se despersonalizan; la familia tiende a disolverse, desaparecen abuelas, tías y hermanas que ayudaban a las

tarecas caseras; el sistema de ayuda mutua entre mujeres no existe ya en la ciudad. No sólo no ha disminuido el trabajo femenino, sino que se hace en peores condiciones. "Nuestro ritmo de trabajo ha aumentando", dice la autora, y agrega que los "tiempos muertos" de una labor que no puede almacenarse ni adelantarse, tampoco son aprovechables y sólo aumentan la angustia y la soledad de las mujeres (p. 67).

Los chinos, por su parte, prefieren colectivizar antes que mecanizar el trabajo doméstico. Como la limpieza de ciudades obreras y comunas agrícolas es tarea colectiva y no función particular de una clase, en ella participa toda la población, incluyendo niños y ancianos. El trabajo que se hace dentro de los hogares, aparte del que se ha colectivizado, es función de toda la familia. Indiscriminadamente, padres e hijos cosen botones, limpian al pequeño, lavan platos, etc. Las esposas tienen el apoyo de los comités de barrio, de las mujeres de la organización local, etc. Para tratar los casos recalcitrantes se recurre a varias medidas: desde la amonestación personal hasta la crítica de masas. Como último recurso existe el divorcio (p. 76).

Claudie Broyelle añade dos ejemplos que sorprenden por los resultados obtenidos. La construcción de Taking, ciudad petrolera, y la organización de los servicios domésticos en una ciudad obrera de Shanghai. Instalada en el campo, Taking fue proyectada por un comité en el que había arquitectos, obreros, técnicos, pastores, amas de casa y cuadros del partido. Las casas son comunes para tres o cinco familias, con sala y cocina compartidas. La ciudad está construida de tal modo que, según la autora, es la primera vez que se logra un equilibrio entre la industria, la agricultura, las actividades culturales y la naturaleza. Lo novedoso de esto es que casi todo se debe a las mujeres: la conquista de las tierras para el cultivo y la construcción de centros de población lo hicieron principalmente ellas. Gracias a su influencia, son gratuitos servicios tales como el corte de pelo, la preparación de alimentos, el cine, el transporte, etc. En cuanto a los servicios domésticos de Shanghai, algunos son: remiendo y reparación de vestidos, cosido de botones, aseo de departamentos, comedores colectivos a los que los pequeños asisten solos y comen acompañados de otros niños de su calle o con los adultos vecinos del barrio que los atienden, o bien donde se puede comprar alimentos y comerlos en familia, todo por un precio mínimo. Naturalmente, en Shanghai como en Taking, fueron las mujeres quienes organizaron la colectivización. Antes, estos servicios "invisibles" carecían de valor, no eran retribuidos y se despreciaba tanto su realización como a sus ejecutoras; su socialización transformó y enriqueció la vida de éstas y cambió las relaciones entre los habitantes de la ciudad obrera, desmitificando el trabajo doméstico (caps. 4 y 5).

Los niños chinos reciben un tratamiento diferente y a menudo opuesto al que tienen los de Occidente. Como en las partes anteriores del libro, la autora inicia ésta señalando el marco dentro del cual puede lograrse un cambio, la situación en su país, la experiencia soviética y, por último, la experiencia china y sus logros. Habla de la escasez de guarderías en Francia, a las que compara con depósitos de niños donde los padres no tienen voz ni voto, donde no se aprovecha la experiencia femenina en el cuidado infantil y en cambio se

crea y explota la "culpabilidad" que la madre siente al abandonar a sus hijos. En China, las guarderías de barrios y fábricas son dirigidas por los padres y por obreros activos y jubilados. Las que se hallan al lado de las fábricas son gratuitas y permiten que las madres alimenten a los pequeños; las otras los aceptan cuando los padres salen por la noche e incluso durante el día, si así lo desean, a cambio de cuotas módicas. Claudie Broyelle nos cuenta que vio a niños de ambos sexos, de 3 y 4 años, en su clase de trabajo casero, aprendiendo a lavar platos, coser botones, etc. También cultivan, junto con sus maestras, pequeñas huertas y se reparten las tarecas según sus edades. Los mayores, además de sus clases normales, no solamente cultivan o pasan una corta temporada anual en las fábricas o en el campo, sino que participan en la dirección de sus escuelas. De esa manera, los niños adquieren responsabilidades desde pequeños y no es de extrañarse que después participen como sus padres en el trabajo casero y en el colectivo.

Cuando se leen los capítulos sobre la familia, hay que resistir las narraciones sobre la condición femenina en la familia feudal, desde la famosa "reducción" de pies, pasando por la compraventa, hasta los suicidios para escapar a los matrimonios forzados. Abundan referencias de la relación de esclavitud que tenían las mujeres con los hombres y con sus familias. . . y ejemplos de las reacciones posteriores: hombres llevados a una especie de tribunal femenino, acusados, amonestados y hasta golpeados (cap. 9). En el capítulo 10 aclara la autora que el proceso de socialización del trabajo doméstico no está terminado y que mientras este problema subsista, aunque sea cada vez menor, será un obstáculo material para la emancipación femenina total. En las sociedades capitalistas el papel de la familia es el de servir como refugio contra el trabajo enajenante. La familia china, en cambio, es una colectividad de base, abierta hacia la sociedad, en simbiosis con ella; mujeres, hombres y niños participan en las actividades y en los trabajos colectivos y esa situación no puede analizarse con los conceptos occidentales.

Claudie Broyelle dedica la última parte de su libro a la sexualidad. De entrada nos dice que en China las relaciones sexuales fuera del matrimonio están prohibidas. Afirma que no hay sexualidad natural y asienta que no solamente las formas que se pretenden naturales, por las que se satisfacen las necesidades sexuales, están determinadas por el tipo de sociedad existente, sino que tales necesidades son producidas por la sociedad. Cita a propósito ideas de Marx sobre la creación de la necesidad de consumo por la producción y nos dice que la sexualidad se ha convertido en una mercancía. Como tal, sigue la ley de la oferta y la demanda y su venta legal o ilegal no cambia la cuestión de fondo, que radica en su función en la sociedad. "El capitalismo, al hacer de la sexualidad y del 'placer' sexual. . . una recompensa, un ocio [entretenimiento], al mismo tiempo lo ha integrado al salario. . . Es una necesidad vegetativa que entra en la reconstitución de la fuerza de trabajo con el mismo título que las proteínas, la ropa, el televisor, la educación, los ocios" (p. 239). En fin, las relaciones sexuales reproducen los esquemas de las relaciones en la sociedad: dominación-subordinación. El ejercicio del sexo deviene así una fuga, una compensación. Leyendo esta parte del libro, que es un análisis teórico sobre la sexualidad, percibimos que también en China la nueva sexualidad está en embrión y que se

transformará a medida que cambien las relaciones de todo tipo entre hombres y mujeres.

En China no hay favoritismo hacia los hombres: el matrimonio tardío y el descrédito ideológico que tienen las relaciones sexuales fuera del matrimonio involucran a ambos sexos. Unos y otras son inexpertos al llegar al matrimonio. Lógico es preguntarse por qué no se igualaron en el otro sentido; la autora comenta una serie de sucesos negativos para las jóvenes inexpertas en el terreno sexual, acaecidos en la Unión Soviética, para apoyar su aserto de que “en una sociedad donde las mujeres se encuentran todavía en una situación de inferioridad, las leyes igualitarias no pueden sino reforzar la desigualdad de hecho” (p. 249).

Del nuevo concepto del amor trata el último capítulo; lo fundamental es reubicar el amor en el contexto revolucionario (p. 259). La inserción temprana y gradual de niños y jóvenes en la sociedad persigue también este fin. La elección de pareja conllevará así otros elementos. La posición social y la belleza femeninas, o bien el poder o las dotes intelectuales masculinas —elementos del amor burgués— no entrarán ya en el “enamoramamiento”. “En las sociedades de clases, la belleza femenina ha sido siempre el atributo de las clases dominantes. . . Estas decretan, para el conjunto de la sociedad, lo que es una mujer bella” (p. 261). Es en tal belleza inalcanzable en la que sueñan hombres y mujeres proletarios. En China, asegura la autora, esta imagen de la mujer ya no existe. Necesariamente, a una nueva imagen femenina corresponde otro tipo de relaciones entre hombres y mujeres. En suma, afirma, las chinas ya no son objetos sexuales y a ello contribuyen las nuevas costumbres de la juventud. Con relación a nuestras sociedades, “la sexualidad está considerablemente revalorizada.” También aquí sólo tenemos una idea de lo que serán el amor, la moral sexual y la familia en el futuro en China.

Pese al tono admirativo con que está escrito el libro, se capta la novedad de la experiencia. Evidentemente, hay un contenido de propaganda, también frecuente en los últimos tiempos en lo que se refiere a la condición femenina en los países occidentales. Se tiene la impresión de que se han aprovechado los tropiezos soviéticos en este terreno, en las postrimerías de la Revolución de octubre. En cada capítulo relata la autora cómo se hizo tal cosa en tal época en la URSS, y cuáles son las diferencias respecto a China. Esperamos que tal forma de presentar el tema no haya alterado la comunicación de la realidad. Por otro lado, tal modo de presentación, en el que la autora agrega la experiencia en los países capitalistas, con especial referencia al suyo (Francia), hace del libro un material de reflexión muy rico acerca de los posibles caminos de la liberación femenina en nuestros países. La obra es una aportación al conocimiento de lo que se hace en otra parte del mundo, para nosotros lejana y poco accesible. No hay que ignorar la experiencia china, así como conocemos la europea, la norteamericana y la de países semejantes al nuestro.

Es difícil criticar cuando existe la autocrítica. Sin embargo, hay algunas observaciones que saltan a la vista. El matrimonio tardío, que da tiempo para la preparación de la mujer y afianza su independencia a través de una carrera u oficio y de una práctica en la sociedad, junto con la prohibición de las relaciones sexuales fuera del matrimonio,

¿caso no impide el entrenamiento femenino en este terreno y limita las posibilidades de elección libre de pareja? La crítica más frecuente que se hace se refiere al peso que tiene en esta decisión la política demográfica china, que es antinatalista. Sabemos que el aborto es gratuito, que da derecho a 15 días de reposo pagados; pero ignoramos qué pasa si la mujer que lo solicita es muy joven y soltera. No hay en el libro ejemplos de tales casos, ni siquiera en el apéndice, donde abundan las citas de periódicos y revistas que cuentan casos de resistencia y propaganda para reforzar la liberación de las mujeres. Como la misma autora escribe, sí ha habido un resultado favorable en cuanto al número de hijos y a las prácticas anticonceptivas. ¿Por qué no podrían obtenerse los mismos resultados con las parejas jóvenes? Por otro lado, los resultados de los ensayos chinos en la socialización del trabajo doméstico, al parecer únicos por su extensión en el mundo, son verdaderamente interesantes y muestran un cambio importante en cuanto a la concepción de los roles de cada sexo en la sociedad china.

“Las mujeres llevan en sus espaldas la mitad del cielo y deben conquistarla.” Al parecer, esa expresión de Mao, basada en una antigua leyenda, está en camino de hacerse realidad, aunque como bien lo muestra esta obra, las resistencias y dificultades que habrá que superar indican que el trecho pendiente aún es largo y de esforzado tránsito. *Elia Ramírez.*

LA MUERTE DEL BUHO CREPUSCULAR

La filosofía actual en América Latina, varios autores, Editorial Grijalbo, Colección “Teoría y Praxis”, México, 1976, 212 páginas.

I

El presente volumen recoge una selección de las ponencias presentadas a la Sección III (La filosofía actual en América Latina) del Primer Coloquio Nacional de Filosofía, celebrado en Morelia, Michoacán, del 4 al 9 de agosto de 1975.

La selección incluye textos de Ardao, Cordera, Córdoba, Dussel, García, Krauze, Miró Quesada, Palazón M., Portuondo, Rodríguez de Magis, Roig, Soler, Sambarino, Villegas, Zavaleta Mercado y Zea. Los autores pertenecen, por nacimiento u origen, a los siguientes países: Argentina, Bolivia, Chile, Cuba, México, Panamá, Perú y Uruguay.

Esta referencia no es redundante: permite registrar la realidad del exilio que subyace, en muchos casos, al ejercicio del pensamiento liberador y progresista en nuestra América.

II

Puede aducirse que el rasgo mayor —y constante— de las 16 ponencias seleccionadas es el de una pacífica unanimidad en torno a una cuestión radical.

En efecto: en los textos, el quehacer filosófico se vincula, nítidamente, con la empresa de liberación de los pueblos, con la exigencia del cambio social, con la transformación revolucionaria, en fin, de la realidad de América Latina.

Este sesgo común puede hacerse explícito —y matizarse— bajo los siguientes incisos:

- Que la filosofía es instrumento de la liberación.
- Que la filosofía sirve para la fundamentación racional de la praxis.
- Que la filosofía cumple una función crítica como tarea racional con vigoroso poder suasorio.
- Que la filosofía requiere —exige— una historia material, revolucionaria, de “su propia historia”, y que ello implica, también, una lectura y un uso diferentes de los aportes realizados hasta la fecha.
- Que la filosofía puede fundamentar, críticamente, una praxis de la liberación.
- Que la filosofía debe asumirse como instrumento de expresión —palabra y símbolo— de los oprimidos.
- Que una antología del ser social puede identificarse con el discurso actual de la filosofía.
- Que la filosofía se sustenta como una autoaclaración de la dependencia.
- Que el ejercicio de la filosofía analítica contribuye a la empresa común de la liberación latinoamericana.

En estas rúbricas puede reconocer el lector los pasos principales del pensamiento filosófico, tal como se presenta —con riqueza, carnalmente— por los autores citados.

III

La nombrada “pacífica unanimidad” se toma, aquí, como conclusión —de ningún modo lineal— de un largo, difícil, proceso de la faena filosófica a lo largo de los últimos 25 años.

En las ponencias de Enrique Dussel y de Arturo Andrés Roig¹ pueden leerse las etapas de un desarrollo que conduce a la quiebra de la “normalidad filosófica”.

Se trata de un desarrollo —tantas veces sobresaltado— que se cumple —con retraso o adelanto— mientras se produce, a escala continental y de cada uno de los países, un agravamiento progresivo y una profundización incesante de la lucha de clases, un reagrupamiento de fuerzas políticas y sociales, una aproximación comprometida de los hombres de la cultura al destino y la conducta de sus pueblos.

1. Enrique Dussel, *La filosofía de la liberación en Argentina: irrupción de una nueva generación filosófica*, pp. 55 y 62; Arturo Andrés Roig, *Función actual de la filosofía en América Latina*, pp. 135-152.

En este contexto, perentoriamente señalado, deben subrayarse los rasgos internos y peculiares, no sólo del discurso concreto de la filosofía, sino de los modos singulares de la práctica del filosofar, tan ligados a la historia de cada una de las universidades de América Latina.

El desembozamiento del contenido instrumental y práctica de la filosofía de la opresión implica una mutación de la conciencia filosófica, una difícil redefinición de un aparato conceptual que permita, a la vez, la crítica y la superación reales de la ideología de la dependencia.

Operación esta necesitada de una voluntad de lucidez ligada a un decisivo sentido de la historia misma de la cultura en nuestra América, por cuanto —Abelardo Villegas lo indica con agudeza—² se corre el riesgo de cancelar la actividad filosófica en el recinto de un nacionalismo exasperado.

Puede intentarse aún —y no es tarea ancilar— una enumeración de las carencias y obstáculos que debieron enfrentarse —y superarse— para alcanzar esa “pacífica unanimidad”. Así, Ricarte Soler³ enumera sistemáticamente las dificultades para reestructurar una historia material de la ideología en América Latina, dificultades que van desde la ausencia de materiales históricos y económicos, con rigor científico, hasta los desvíos y frustraciones que pueden experimentarse en el camino, por el exceso de confianza —¿inocencia filosófica?— en el manejo de versiones aparentemente exitosas de la realidad social del continente.

Así, Abelardo Villegas⁴ recaba los aspectos negativos del historicismo existencialista y acentúa —programáticamente— la función crítica, no idealista, de la filosofía.

Leopoldo Zea⁵ apunta —con acierto notorio— al “terrorismo” metodológico y científicista que pudo conducir a la esterilización del filosofar, acentuando la insularidad —característica de la filosofía de la opresión— por ruptura con la historia misma de las ideas en nuestra América, por clausura de su función relevante en el cambio social.

IV

La irrupción de las dictaduras fascistas en América Latina, a partir de 1973, otorga al presente volumen una trascendencia mayor.

Puede leerse, ahora, como la respuesta del pensamiento filosófico al proceso de instauración institucional de la filosofía de la opresión. Puede concitar, también, una reflexión, más ceñida, sobre esa tarea real de liberación: a la coincidencia de los autores se sobrepone, hoy, una exigencia mayor.

2. Abelardo Villegas, *Proyecto para una filosofía política de América Latina*, pp. 183-192.

3. Ricarte Soler, *Consideraciones sobre la historia de la filosofía y de la sociedad latinoamericanas*, pp. 153-164.

4. Abelardo Villegas, *Proyecto para una filosofía política de América Latina*, pp. 183-192.

5. Leopoldo Zea, *La filosofía actual en América Latina*, pp. 203-211.

El instrumental, los esclarecimientos y los logros alcanzados por la filosofía en América Latina, a lo largo de un cuarto de siglo, han de volcarse en el análisis concreto de la ideología fascista y de los supuestos materiales y culturales que han hecho posible su ostentación desenfadada o sus formas más encubiertas e insidiosas.

Al asumir esta responsabilidad la filosofía quebrará, real y definitivamente, los muros que tantas veces se han elevado en su camino.

No estará sola: la *crítica* de los pueblos ha de sustentar su rigor y multiplicar su lucidez.

Habrá muerto, también, para siempre, el búho crepuscular. C. Puchet.

GRAMSCI CONTRA EL DOGMATISMO

Gramsci y la revolución de occidente, Maria-Antonietta Macciocchi, Siglo XXI Editores, México, 1975, 396 páginas.

Como todos los libros anteriores de la autora, su reciente estudio sobre Gramsci suscita polémicas a la vez que lleva al lector al corazón de los problemas estratégicos de la izquierda comunista en Europa occidental. Ex-diputada por el Partido Comunista Italiano (PCI) en la región de Nápoles, Macciocchi combina en sus escritos el rigor científico con la vivacidad y la combatividad de militante. *Cartas en el interior del partido* (1970), sobre el estilo de las campañas electorales comunistas, sacudió las tranquilas conciencias de los cuadros. *De la China* (1971), impresiones de una comunista sobre la construcción del socialismo en China, presenta *por dentro* (al contrario de muchos libros recientes con perspectiva burguesa y por tanto temerosa del poder popular en el país) los problemas y aciertos de esta revolución socialista. La rigidez del PC francés prohibió la venta de dicho libro en la fiesta de *L'Humanité*. El curso sobre Gramsci que impartió en la universidad parisina de Vincennes y que sirvió como base al libro que comentamos (título original *Por Gramsci*), por poco se prohíbe por el Ministerio del Interior Francés.

Mala conciencia pues de la izquierda ortodoxa, Macciocchi no puede sino presentarnos un Gramsci vivo, actual, cuyos escritos pueden inspirar y guiar a los comunistas en la estrategia revolucionaria en Occidente. Se entiende con facilidad cuál es la diferencia en la presentación y en los análisis de la autora respecto a otras interpretaciones del pensamiento gramsciano. En un reciente coloquio, a raíz de la presentación de la nueva edición de los *Cuadernos de la cárcel* por Einaudi (*Quaderni del carcere*, Einaudi, Torino, 1975, 4 vols. a cargo de V. Gerrata), se escucharon desde las interpretaciones más derechistas hasta las más izquierdistas del pensamiento del gran revolucionario e ideólogo italiano. El PCI ha declarado siempre que su línea política se inspira directamen-

te en las lecciones gramscianas. Pero, como nota la autora, es curioso que sus militantes tuvieran apenas hace muy poco (1971) a la mano sus escritos completos (p. 34). La leyenda del PCI, promovida por Togliatti, hacía de Gramsci objeto de un culto al mártir recluido durante años en las cárceles fascistas donde halló la muerte. Pero el dúo de hierro Togliatti-Gramsci, como se reveló más tarde, estaba lleno de contradicciones. . .

Había pues, por lo menos hasta hace pocos años, una ignorancia del pensamiento gramsciano en Europa y sobre todo en Francia. El florecimiento reciente de publicaciones, que recibió un impulso importante por el presente libro, seguramente dará irremplazables armas teóricas al movimiento obrero actual. La autora nos presenta aquí una lectura política de izquierda, que desmisticifica a Gramsci de interpretaciones derechistas y ultraizquierdistas.

¿Por qué tanto interés por Antonio Gramsci? La respuesta la han dado varios estudiosos. Althusser declara que las escasas reservas teóricas del movimiento obrero francés se explican por la ausencia de teóricos que como Gramsci y Labriola enriquecieron la estrategia del movimiento italiano. La pregunta crucial a la que pretende contestar Gramsci en sus escritos es ¿por qué ha fracasado la revolución en Occidente?, ¿cómo se explica la victoria fascista? La riqueza de sus análisis lo hace el único pensador de la revolución no sólo en Italia sino en todas las sociedades capitalistas avanzadas de occidente. Es el "Lenin de hoy" (p. 16).

El pensamiento gramsciano ha sido siempre sospechoso de "herejía" por los soviéticos, en la medida en que su obra constituye una *crítica de izquierda* de Stalin. Sin embargo, su posición nunca se acercó a la de Trotsky, al cual criticó, aunque sin las injurias estalinistas. Gracias a su antidogmatismo por excelencia, es posible hacer uso hoy de sus enseñanzas, ahora que se ha abandonado ya la aceptación acrítica de la contrucción del socialismo en Europa oriental y se empiezan a cuestionar los errores estalinistas. Su rechazo de las fórmulas absolutas del marxismo ortodoxo y del revisionismo, lo lleva a lo que él llama un "marxismo vivo". En su primera época, en su artículo "La revolución contra *El Capital*", demuestra que la Revolución de octubre llegó pese a las predicciones del libro de Marx. La autora aporta pruebas para señalar el leninismo de Gramsci, quien conservó y amplió las enseñanzas del gran revolucionario sobre el imperialismo, su doctrina de la revolución y por tanto del Estado proletario y finalmente su doctrina del partido. Analizando la Revolución de octubre, Gramsci llega a la conclusión de que en Occidente era necesario pasar de una "guerra de movimiento" como en Rusia, a una "guerra de posición". Fueron su estadía en Moscú en 1922-1923 y su participación en el IV Congreso de la Internacional Comunista los hechos que lo ayudaron a sacar tal conclusión. Las diferencias entre la Rusia zarista y el Occidente industrializado sirvieron como bases de observación. Es en esta medida que Gramsci aplica el marxismo al análisis de las realidades de su propio país.

Gramsci se preocupa pues de todos los problemas tácticos de una estrategia revolucionaria en Occidente. Uno de los principales es la alianza de obreros y campesinos, los que en Italia se enfrentaban a menudo: por un lado el Norte

industrializado, con una clase obrera fuerte y concientizada y por otro el Mezzogiorno (Mediodía) rural, con los campesinos bajo la hegemonía de los terratenientes. Fue necesario, entonces, romper la tradición del corporativismo obrero, criticado duramente por Gramsci a raíz de la experiencia de los Consejos de Fábrica en Turín, y acercar la clase proletaria a los campesinos. Así, será ésta capaz de gobernar como clase, sabiendo dirigir a los campesinos y a los intelectuales.

Entramos de esta manera en la explicación del aporte esencial de Gramsci al marxismo: el concepto de *hegemonía*. Se trata de la función dirigente de la sociedad que detenta la burguesía y que debe ser rota por el proletariado para reemplazarla por su hegemonía propia. Gramsci analiza este papel ideológico y dirigente burgués, distinguiendo sutilmente entre “sociedad política” y “sociedad civil” en el Estado de clase. El Estado sería así la “sociedad política” y representaría el momento de la fuerza coercitiva, mientras que la “sociedad civil” estaría constituida por una red compleja de funciones educativas e ideológicas que hacen que, además de mando, haya una dirección en la sociedad. Hay que insistir en que tal distinción es puramente metodológica y no “orgánica”, como dice el mismo Gramsci, pues “en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican” (p. 154). Aquí está entonces la originalidad de Gramsci, quien supo dirigir su espíritu agudo a la crítica de la dominación ideológica burguesa, prolongación y complemento de su dominación física. Fue Althusser quien siguió en esta línea, denominando a tal aparato ideológico hegemónico como “aparatos ideológicos de Estado”. Sin embargo, Macciocchi critica mucho a Althusser, quien ha empobrecido el pensamiento gramsciano reduciéndolo a un “historicismo idealista”, aunque, como él reconoce, estos análisis suyos son secundarios y hay que esperar de él investigaciones en curso más rigurosas (pp. 30-34). Observamos entonces el funcionamiento complejísimo del Estado moderno, cuyas instancias ideológicas se articulan a la base económica con relativa independencia y nos permiten entender la relación dialéctica entre coerción y consenso, dictadura y hegemonía.

Inseparable del concepto de hegemonía es el de *bloque histórico*, que Macciocchi presenta tan claramente como todo lo anterior. En el análisis de la sociedad italiana que efectúa el teórico comunista en varias de sus obras (*La cuestión meridional*, *Il Risorgimento*, las *Tesis de Lyon* al III Congreso del PCI en 1926), descubre la composición de clase de la revolución burguesa en este país, en el bloque constituido por los industriales del norte con los terratenientes del sur. En las palabras de Gramsci, “*La infraestructura y las superestructuras forman un ‘bloque histórico’, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción*” (p. 152). No se trata, de ninguna manera, de una simple alianza de clases, sino de una nueva visión global del mundo asegurada por la hegemonía; y de la nueva capacidad de la clase dirigente en ascenso para tomar a su cargo el conjunto de los problemas de la realidad nacional e indicar sus soluciones concretas (infraestructurales), como observa la autora. De este modo, las implicaciones teóricas y políticas del concepto de la hegemonía son condensadas en una fórmula rigurosa: “Un grupo social puede y hasta tiene que ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder);

luego, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga firmemente en las manos, se hace dominante, pero tiene que seguir siendo también ‘dirigente’” (p. 156). Antes de la conquista del poder político por el proletariado se debe, en consecuencia, producir una “revolución en la mentalidad” de la clase obrera, obligada muchas veces por el mismo desarrollo industrial en Occidente, a ser una aristocracia obrera de tendencia social demócrata. Producido este cambio, se podrá impulsar la ideología proletaria hasta que sea aceptada por el resto de la sociedad, y así proceder y facilitar una toma del poder político. Toma de poder cuya expresión será la dictadura del proletariado, ya que la “revolución en la mentalidad” nunca sería suficiente por sí misma. Así, Gramsci no es de ninguna manera un teórico del parlamentarismo revisionista. Macciocchi hace aquí comparaciones (inesperadas, controvertidas, pero sumamente interesantes) del pensamiento gramsciano y de la revolución cultural china. Mao Tse-tung es, según ella, el pensador marxista más original después de Gramsci, que efectúa —como aquél— una crítica de izquierda al estalinismo. Muchas observaciones de Gramsci, como la de que no hay que “presentar nunca a la verdad bajo una forma dogmática y absoluta, como si estuviera ya madura y perfecta” y “la verdad es revolucionaria” parecen, como lo nota Macciocchi, tener su contrapartida en los debates en China que tienen como base los escritos de Mao.

En este nuevo bloque histórico que ocupará el poder formado en Italia por los obreros del norte y los campesinos del sur, los intelectuales tienen un papel proponderante. Asegura Macciocchi, y estamos totalmente de acuerdo, que nadie puede objetar que Gramsci es el único marxista que ha tratado a fondo la cuestión de los intelectuales, articulándola con el conjunto de una estrategia revolucionaria (p. 188). Dicho de otra manera, sus análisis al respecto son quizá el único aspecto de su pensamiento que se impone objetivamente a todos. Un capítulo interesantísimo y rico de este libro sorprendente, analiza el papel de los intelectuales tanto dentro de la hegemonía burguesa, como en la proletaria. Contrariamente a la práctica de muchos partidos comunistas que ven al intelectual como a una especie de “fuerza autónoma”, “independiente” de la capa social en la cual gravita, gozando de una condición privilegiada sin ninguna vinculación orgánica con la base, para Gramsci el intelectual nunca es *autónomo* respecto al grupo dominante (clase en el poder o clase en ascenso). Si por intelectual entendemos al “funcionario de la superestructura”, el “representante de la hegemonía”, el que asegura el consenso ideológico de la masa en torno al grupo dirigente, hay que reconocer que su papel como “cimiento” del bloque es decisivo. Es en este sentido que Gramsci habla de *intelectuales orgánicos*, refiriéndose sobre todo a los que se sueldan con el proletariado. La ampliación de la noción de trabajo intelectual que hace Gramsci (ampliación confirmada en la realidad social contemporánea, donde cada vez más estratos sociales se aproximan a tal posición), nos lleva al reagrupamiento en el *intelectual colectivo*, que es el “Príncipe moderno”, es decir, el partido. Como hace notar la autora, el intelectual ya no es solamente un aliado, un compañero de ruta, sino una fuerza potencial orgánicamente ligada al proletariado en la lucha por una nueva hegemonía (p. 195). Los análisis de M.A. Macciocchi van mucho más allá, presentándonos cuestionamientos claves para la transición al socialismo, sobre lo que son y lo que deben ser la cultura y la moral proletarias frente a las burguesas,

sobre la libertad de creación artística (recordemos al realismo socialista y el zdanovismo), ligando al "intelectual orgánico" con el "intelectual completo" de Mao, y presentando observaciones de gran interés sobre los intelectuales en Francia, país que sirvió mucho como campo de estudio y comparación para Gramsci.

En una posdata personal, vemos a Macciocchi en su lucha, junto con sus estudiantes, para presentar su curso universitario contra la voluntad policiaca francesa y seguimos sus vicisitudes en la conversación con un gran intelectual, amigo de Gramsci, quien como estatua osificada en el museo de Cambridge, se niega a dar a la investigación sus recuerdos y documentos.

Para los marxistas latinoamericanos (que por tradición conocen y estudian a Gramsci), el interés del libro que comentamos es obvio. Aborrecer al esquematismo y al dogmatismo, justificar en la praxis su nombre de marxistas, "que es un adjetivo usado como una moneda que ha pasado por muchas manos", estudiando las situaciones concretas de cada país, comparar estas realidades con los análisis gramscianos. . . Tal es la tarea, ardua pero necesaria.

En los anexos del libro, que contienen una selección de textos de Gramsci, encontramos su pensamiento, en estado puro: *Sobre la cuestión meridional*, las *Tesis de Lyon*, un fragmento de *Maquiavelo*, un escrito inédito sobre la *Hipocresía de la autocrítica* y sobre todo la correspondencia entre Gramsci y Togliatti acerca de la divergencia del primero con los estalinistas y con el segundo, en un momento crucial para el partido soviético. Completan este importantísimo ensayo una biografía, una bibliografía en varias lenguas y notas históricas sobre puntos no conocidos fuera de Italia.

La búsqueda anhelante del pensamiento gramsciano hace del libro de Macciocchi una aventura apasionada en el terreno de la teoría y de la práctica revolucionarias. Gramsci —no lo olvidemos—, no es un filósofo de las superestructuras, como algunos nos quieren hacer creer, sino un luchador proletario, un revolucionario. Para entender sus escritos, nada más apropiado que observar su práctica política. Contra el marxismo "osificado" y dogmático de algunos, su pensamiento penetrante, claro como el agua, queda revelado, siguiendo su hilo rojo de manera amena, vibrante, militante, por Maria-Antonietta Macciocchi. *Jorge Rouvalis*.

INSTRUMENTO PARA LOS INVESTIGADORES

Repertorio bibliográfico de ciencia y tecnología, vol. III, Alfonso Ayensa, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 1976, 249 páginas.

Acaba de publicarse el volumen III de esta obra que reseña los temas de carácter socioeconómico relacionados con la ciencia y la tecnología. La abundancia "explosiva" de referencia sobre esta materia hizo indispensable esta investigación bibliográfica, que ha estado a cargo de Alfonso Ayensa,

profesor de Bibliotecología de la UNAM y asesor del CONACYT, auxiliado en esta tarea por la bióloga Lucía de Benito de Salas.¹

El objeto principal de esta publicación, como el de las bibliografías de todo orden, ha de consistir en mantener al día a los investigadores sobre la literatura de su interés, en este caso la científica y tecnológica, a fin de que les pueda servir de orientación en sus estudios y proyectos. No es posible que una simple bibliografía abarque la totalidad de los problemas que se presentan, es decir, ninguna de ellas puede tener realmente la pretensión de ser exhaustiva; como tampoco cabe pedir que trabajos de esta índole consignen, en todos los casos, la correspondiente ubicación bibliotecaria exacta de los materiales examinados. Los investigadores han de tener en cuenta que una bibliografía contiene las referencias de las obras más importantes escritas sobre cada actividad; muchas veces el bibliotecario o documentalista se ve impedido de precisar el lugar o la institución donde se encuentra cada obra reseñada ya que muy bien puede haber sido extraída al azar, con motivo de la lectura de un texto que esté muy documentado, lectura realizada sin propósito bibliotecológico. Sin embargo, el bibliógrafo ha de agotar sus esfuerzos hasta detectar las fuentes o proporcionar al menos una orientación para localizarlas.

Interesa consignar que en los tres volúmenes del *Repertorio* publicados hasta ahora se ha procurado registrar las referencias de las obras y trabajos más importantes de que ha podido disponerse sobre los temas que se relacionan con las actividades del CONACYT, como son: historia y filosofía de la ciencia, política científica y tecnológica, tecnología e industrialización y desarrollo socioeconómico. En todos esos casos, se ha hecho un loable esfuerzo por consignar lo más saliente y actualizado.

Al incluir en este volumen los temas referentes a los programas indicativos establecidos por el CONACYT para encarar los problemas nacionales prioritarios, no se ha intentado abarcar las referencias de carácter estrictamente científico o técnico, ya que este campo está ampliamente cubierto por los servicios bibliográficos de las instituciones especializadas, las cuales tienen además la ventaja de contar con extensas colecciones sobre el tema específico que les compete. Como no se trata de duplicar esfuerzos, después de analizar el contenido de las publicaciones bibliográficas mexicanas especializadas en cada uno de los rubros que integran los problemas nacionales prioritarios, el bibliógrafo se ha limitado casi exclusivamente a analizar los trabajos relacionados con los aspectos socioeconómicos de dichos problemas, incluyendo decisiones de carácter nacional o internacional, políticas que han de seguirse, acuerdos tomados y labores de coordinación que a ellos se refieren, o sea, aquellos materiales que no suelen consignarse en las bibliografías puramente científicas o técnicas.

Por último, cabe esperar que la comunidad científica comprenderá que esta clase de trabajos podrán mejorarse

1. Véanse las noticias referentes a los dos volúmenes anteriores en esta misma sección, en los números de abril y octubre de 1975, pp. 468 y 1166, respectivamente.

con las aportaciones que los miembros de tal comunidad hicieron o con sus orientaciones precisas. Por otra parte, sin olvidar las limitaciones lógicas con que ha tropezado la tarea reflejada en la obra que comentamos, constituye una satisfac-

ción compartida por amplios sectores de investigación el hecho de que el tiraje tanto del primero como del segundo volumen de este *Repertorio* se haya agotado rápidamente. *Pedro Camargo F.*

OBRAS RECIBIDAS

- Rodolfo Acuña
América ocupada. Los chicanos y su lucha de liberación, Col. El hombre y su tiempo, Ediciones Era, México, 1976, 342 páginas.
- Banco Mundial
Electrificación rural, Documento del Banco Mundial, Washington, 1976, 102 páginas.
- A. René Barbosa-Ramírez
Empleo, desempleo y subempleo en el sector agropecuario. Dos estudios de caso: Sub-Valle de Toluca y Mixteca Baja, Centro de Investigaciones Agrarias, México, 1976, 367 páginas.
- BID-INTAL
El proceso de integración en América Latina en 1975, Instituto para la Integración de América Latina, Banco Interamericano de Desarrollo, Buenos Aires, 1976, 321 páginas.
- Michel Foucault
Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión, Siglo XXI Editores, México, 1976, 314 páginas.
- Antonio García
Cooperación agraria y estrategias de desarrollo, Siglo XXI Editores, México, 1976, 291 páginas.
- Alfonso X. Iracheta C. y Federico Torres A.
La investigación sobre desarrollo regional y urbano en México, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1976, 156 páginas.
- Eugene Lerner y Willard T. Carleton
Dirección financiera, Biblioteca de Ciencias Económicas, Serie Dirección de Empresas, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1976, 240 páginas.
- Oficina Internacional del Trabajo
Estadísticas de ingresos y gastos de los hogares, 1960-1972, Africa, América Latina, Asia, Ginebra, 1974, 223 páginas.
- Estadísticas de ingresos y gastos de los hogares, 1960-1972, América del Norte, Europa y URSS, Oceanía*, Ginebra, 1976, 223 páginas.
- Recomendaciones internacionales sobre estadísticas del trabajo*, Ginebra, 1975, 140 páginas.
- Guía técnica 1976. Descripciones de las series publicadas en el Boletín de Estadísticas del Trabajo*, vol. 1: *Precios del consumo*, Ginebra, 1976,
- Guía técnica 1976. Descripciones de las series publicadas en el Boletín de Estadísticas del Trabajo*, vol. II: *Empleo, desempleo, horas de trabajo, salarios*, Ginebra, 1976, 314 páginas.
- Javier Patiño Camarena
Decisiones fundamentales en materia laboral (artículo 123), Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, México, 1976, 142 páginas.
- Nicos Poulantzas
Las clases sociales en el capitalismo actual, Siglo XXI Editores, México, 1976, 312 páginas.
- José Luis Romero
Latinoamérica: las ciudades y las ideas, Siglo XXI Editores, México, 1976, 396 páginas.
- Secretaría de la Presidencia
México en testimonios, Departamento Editorial, Secretaría de la Presidencia, México, 1976, 444 páginas.
- Varios autores
Contemporary Mexico. Papers of the IV International Congress of Mexican History, editado por James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón de Wilkie, University of California Press y El Colegio de México, Berkeley, California, 1976, 858 páginas.
- Rosa Olivia Villa
Nacional Financiera: banco de fomento del desarrollo económico de México, Nacional Financiera, México, 1976, 239 páginas.
- René Villarreal
El desequilibrio externo en la industrialización de México (1929-1975). Un enfoque estructuralista, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, 281 páginas.
- Arturo Warman
...Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Ediciones de la Casa Chata, México, 1976, 351 páginas. □